



TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“El Reino de Dios está cerca. Conviértanse y
crean en la Buena Nueva”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Jonás 3,1-5.10; 1Corintios 7,29-31; Marcos 1,14-20

La lectura del evangelio de este domingo nos vuelve de nuevo al evangelio de Marcos, que leeremos preferentemente a lo largo del Ciclo B. El texto leído nos sitúa de lleno en el centro de la predicación de Jesús y en el inicio de lo que habría de ser su comunidad de discípulos. Jesús retorna a su tierra profundamente transformado a raíz de la experiencia del bautismo en el Jordán. La voz: “Tu eres mi Hijo amado”, fue hondamente meditada y discernida en los cuarenta días en el desierto. Juan había sido encarcelado (1,14), comienza el tiempo de Jesús. Y precisamente en Galilea; en nuestro lenguaje de hoy, una “periferia” en el territorio judío, donde se vivía la cercanía del mundo pagano, mirada por eso mismo con recelo por el poder central religioso y civil de Jerusalén. Allí comienza todo este asunto de Jesús y allí hay que volver siempre para encontrarlo. Las lecturas dominicales, tomadas de Marcos nos permitirán este acercamiento. Tratar de volver al origen de Jesús y su evangelio es una necesidad permanente, pero, también una fuente de cuestionamientos por su radicalidad y exigencia.

Marcos presenta a Jesús “proclamando la Buena noticia de Dios”. Dios es una “buena noticia”, salvadora y liberadora. No alguien a quien temer, no un límite de nuestra libertad, ni tampoco un superpoder que arrincona y vuelve insignificante nuestra responsabilidad y esfuerzo. Jesús ha experimentado y anuncia que Dios es Padre amoroso, que sostiene y confía en él, ser humano, como en un hijo muy querido. Eso constituye “la buena – la mejor- noticia” que él ha escuchado y quiere que todos sus contemporáneos y todos los seres humanos escuchen. Esa noticia, acogida, cambia la vida, libera y humaniza, da un sentido nuevo a la vida. Es a la vez la buena noticia de parte de Dios, la invitación a escuchar el proyecto de Dios para que la humanidad se realice como Dios la piensa y la quiere, más humana para todas y todos.

* Ciclo B

“El tiempo se ha cumplido”. En realidad, se trata del proyecto original de Dios desde la creación de la humanidad: “a nuestra imagen y semejanza” (Gn. 1,26). Pero su realización fue desarrollándose a través de las vicisitudes complejas de la historia humana, entre frustraciones y amenazas, y “promesas” de salvación, hasta que “llegó la plenitud de los tiempos” (Gal.4,4). Jesús desentraña el misterio de Dios y se siente capaz de anunciar, convencido de que esa es la “buena noticia” que Dios tiene para la humanidad: “El Reino de Dios está cerca”. Algo de eso se esperaba en Israel con la llegada del Mesías. Pero las expectativas estaban desencaminadas, un mesías descendiente de David, el rey guerrero y poderoso, y un imperio de Dios, que se impusiera, dominador, sobre las otras naciones. Por eso Jesús, que conoce las ideas de las autoridades y guías religiosas, inmediatamente añade: “conviértanse”, tienen que cambiar de mentalidad y de aspiraciones, y de la idea que se hacen de su Dios.

La verdad es que Jesús no explicó mucho cómo había que entender lo del “reino”. Trató de hacerlo pedagógicamente con “parábolas”, relatos sencillos que hacían pensar y vislumbrar que “reinado de Dios” implicaba reconocer y acoger, como una “semilla” sembrada en la tierra, la palabra-proyecto de Dios, que por el momento había que “dejarla crecer” en medio de otros proyectos discrepantes y adversos hasta el tiempo final, “escatológico”, de la siega; y que ese proyecto de Dios era como la “perla más preciosa” por la que valía la pena arriesgar “con alegría” todas las otras riquezas y aspiraciones. Siendo fundamentalmente don de Dios, constituía nuestra tarea en la historia. Pedir -enseñaba- “que tu reino venga” equivale a “que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Rezar a Dios como “Padre nuestro” era inseparable de pedir para todos y trabajar por “el pan nuestro de cada día”, significa aprender a salir del “yo” para vivir el “nosotros”, y “perdonarnos” y reconciliarnos como buenos hermanos para “no caer en la tentación” de hacernos “mal”.

Jesús muestra lo que significa el Reino de Dios en su propia vida. Como ha dicho un autor antiguo, “él es el Reino”. Su proyecto y estilo de vida, su disponibilidad a la voluntad amante del Padre vivida en su atención y entrega cotidiana a los seres humanos, sus hermanos, su cercanía y preferencia por los pobres, pecadores e insignificantes, es lo que mejor revela lo que para Jesús es el Reino de Dios. Para nosotros se trata de acoger el Reino de Dios siguiendo las huellas de Jesús en nuestra realidad actual. Lo que implica inserción personal en ella, reflexión comprensiva de las causas de lo que acontece y oración que nos une al Señor y fortalece nuestra debilidad.

El Reino de Dios engloba toda la vida, en lo personal y en lo social. Es una manera de dar sentido a la vida, de mirar la relación con las otras personas y de configurar la construcción de la sociedad con la confianza en que el proyecto de Dios es “buena noticia”. A la vez, reclama toda nuestra inteligencia, pasión y responsabilidad para concretarlo en cada momento de la historia. Según Jesús, el Reino de Dios conlleva una “justicia” propia, extraña: la que explicita como criterio primero la dignidad y la vida de los pobres, en términos bíblicos la de “la viuda, el huérfano y el extranjero”. En la realidad actual, se necesita tomar en cuenta otros grupos y situaciones como las mujeres y niñas vulnerables, las comunidades nativas y los migrantes... Eso es lo que hay que

“buscar primero”. Las demás cosas – que el Padre sabe que son también muy necesarias- “vendrán por añadidura”. (Mt. 6,33)

“Conviértanse y crean en la Buena Nueva (el evangelio)”. Convertirse significa cambiar de mentalidad, de opciones y prioridades, de proyectos y de estilo de vida. Está bien que esta exigencia se nos plantee al comenzar el año, más aún este año tan incierto y desafiante. Las guerras que cortan vidas humanas inocentes –se habla de 10.000 niños en Gaza- la crisis económica y social, el hambre que aumenta, la inseguridad y falta de trabajo, la crisis ambiental y muchos etc... contradicen lo que el Padre querría para sus hijas e hijos. ¿Qué habrá que “convertir” en nuestra manera de entender y asumir lo de “busquen primero el Reino de Dios y su justicia” en este momento concreto que nos ha tocado vivir?

“Crean en la Buena Nueva” no se refiere en primer lugar a una adhesión de nuestra inteligencia. Es algo más personal y englobante, es poner nuestra total confianza, como Jesús, en el proyecto de Dios y estar seguros de que eso hoy es “bueno”, humanizador y liberador para las mujeres y los varones de nuestra sociedad y de manera especial para los pobres y olvidados.

El texto se prolonga con el llamado a los primeros cuatro discípulos: “Vengan conmigo”. De pescadores de peces a -¡el sentido pedagógico de Jesús!- “pescadores de hombres”, es decir, dedicados a captar e invitar a otras personas a acoger el proyecto de Jesús. La respuesta no se hizo esperar: “dejando las redes, le siguieron”, “dejando a su padre... se fueron tras él”. ¿Qué “redes” o vínculos hay que dejar hoy porque no me dejan caminar en el seguimiento de Jesús?

La primera lectura nos recuerda el caso de Jonás, que necesitó un doble llamado para aceptar una misión que contrariaba sus sentimientos nacionalistas y su idea estrecha de la misericordia de Dios. La misericordia de Dios se extiende más allá que nuestras capacidades humanas de perdonar. Jonás termina reconociéndolo: “sabía que tú eres un Dios clemente, compasivo, paciente y generoso, que se arrepiente del castigo” (Jon.4,2).

El texto de la Primera Carta de Pablo a los Corintios hace referencia a la creencia de muchos entonces en la proximidad del fin del mundo y les exhorta a no vivir instalados en el presente como si fuera ya lo definitivo. La perspectiva del Reino de Dios, que ha venido ya con Jesús, y sigue viniendo cada día reclama conversión, cambio profundo de la manera de organizar la propia vida y la sociedad, sin apegos egoístas del corazón a lo que uno tiene. Así se irá logrando la humanidad nueva como Dios la quiere, concreción histórica del Reino de Dios que Jesús anunció en su vida, muerte y resurrección.